

París Visto por una Sonámbula

Es como una palada de polen que de pronto cegara mis ojos, es como un sueño incoherente que va deshaciendo mi personalidad en fragmentos dispersos y que convierte mis ideas en espectros.

Me dejo caer en un banco de piedra para continuar mi monólogo interno. Pleno Barrio Latino. De lejos llega a intervalos la voz de plata que lanza la campana de la vieja iglesia de Saint Germain des Prés, una de las más antiguas de París. Es como si de súbito me hubiera salido del mundo, ajena a toda realidad. Sigo solitaria sobre el banco de piedra y mi pensamiento —no sé por qué— está atemorizado. Parece que el suelo se abre para tragarme. Aquello me ofusca y siento vértigos. Pasan cientos de autobuses, coches en fila india, unos tras otros. Brillan letreros luminosos, iluminando las fachadas medievales. Me oprimen las garras de la angustia, esa angustia casi cósmica que acosa al hombre al sentir su soledad frente a la multitud.

Ha llovido esta mañana. Sobre las hojas de los viejos castaños han quedado prendidas gotas de agua que semejan lágrimas o diamantes. Sigue, entretanto, el incesante trotar de la gente. Tipos extravagantes, tipos convencionales, cabezas rubias, cabezas negras, avanzan, avanzan. Ningún lazo, ninguna afinidad entre mi ser y la muchedumbre embriagante que me rodea. Fantasmas, sólo fantasmas que, durante una hora —o un siglo— pueblan ese camino mío, elegido voluntariamente. Habría deseado hundirme en esa inmensa Babel en que se mezclan todas las razas y se hablan todas las lenguas. ¿Para qué? Algo me dice al oído que de ningún modo llegaré a torcer mi destino y a ser otra de la que he llegado a ser.

Pensé en la idiosincrasia del francés. Un gran reposo me invadido. Por fin mi pensamiento se había estabilizado en algo. En un análisis. El sonambulismo parecía convertirse en humo. Me puse a explorar los rostros. El francés es inquieto, nervioso, vital, racionalista, vibrante. Pero sabe demasiadas cosas, su sabiduría milenaria ha dado ya la vuelta demasiadas veces para ser sencillamente alegre, como el italiano, como el español, cuyos milenios de arte y cultura lo han tocado de otro modo. Hay en los franceses un elemento de violencia mezclada a su sensatez innata que prima sobre sus cualidades y defectos. Ahora, felizmente, practican su "operación sonrisa", consejo y lección de De Gaulle. Ayudan en lo que pueden, prestan servicios, no aceptan propinas. Han logrado levantar a Francia a un gran nivel en el

panorama europeo. Trabajan con tesón. El tiempo es oro. Hay un solo defecto que no perdonan: la impuntualidad, defecto incorregible en Chile. Todo en París se hace temprano: a mediodía los restaurantes desbordan; a las siete de la tarde, igual cosa. Las entreteniciones quedan para la noche, como solaz antes de dormir. Es la costumbre —vieja de siglos— que rige en toda Europa, salvo en España.

Mis reflexiones me dieron como un impulso, sacándome de mi quietud marmórea. Camino un trecho y llego hasta la plazoleta que rodea la estatua de Danton. "Audacia, siempre audacia, más audacia..." De nuevo noto que mi vagabundeo por el Barrio Latino no tiene sentido. Otra vez camino lentamente, buscando algo, con las manos vacías. Antes he vivido años en otros mundos de París, del lado derecho del Sena, y mis espejismos no se interponían entre mi ser y el alma circundante de la ciudad que todo lo da a quien puede entregarse. O, seguramente, yo soy otra, ahora. Frente a la estatua de Danton hay en la atmósfera perfume a yerbas frescas, a retoños vivos. Las ramas de los viejos castaños se entrelazan coronándome de verde. Esa incesante aglomeración compacta respira y se mueve como ola monstruosa. Y yo sigo enajenada, sin poder apartarme del hueco que llevo dentro con mi herida. Camino, camino, ciega de sombras, desparramada, sin ver otra cosa que tinieblas. Busco algo que alimente mi sed y alzo las manos llenas de la cosecha que antes he sembrado. Incorporarme de nuevo a la vida. ¿Cómo hacerlo? Coger un haz de luz. Hay ahora un crepúsculo de tonos anaranjados, azules, grises. Y allí, entre la orgía de colores, sigue el sueño nacido de los delirios de la sed. Sólo me acompaña la imagen de los seres perdidos. ¡Tanta muerte! ¿Por qué habían de irse dejándome a tientas? Escucho una palabra brillante, silenciada para siempre, veo unos luminosos ojos verdes que ya nunca mirarán nada sobre la tierra.

"¿Has encontrado algo?" me pregunta una voz interior. Sólo el eco repite mi pregunta. "¿Has encontrado algo? ¿algo con qué incendiar el ambiente?" Sigo inerte, sonámbula. "Mira bien, busca bien..."

Una fuente de agua clara aparece. "Dónde está Dios... Dónde está", me digo. Y mi grito tiene por fin una resonancia. Dios está arriba y abajo el mundo con su maravilla y su incoherencia.

María Flora Yáñez